

«LA MALQUERIDA», «LOS INTERESES CREADOS» y «SEÑORA AMA»

ESTAS tres obras resumen lo mejor del teatro benaventiano. La primera y la última de ellas están cuajadas de ese realismo humano y ardiente tan propios del alma española, y, en cuanto a *Los intereses creados*, con justicia la crítica la ha considerado como la mejor del glorioso escritor. Sin embargo, en la escala de valores de las obras de Benavente considero éstas en el orden que se enuncia a la cabeza de estas líneas. Así, pues, a mi juicio *La malquerida* sobresale airoosamente sobre el resto de su producción dramática ya que, el teatro de Benavente, que adolece en general de exceso de retórica, y deshumaniza un tanto los personajes, alcanza en esta obra el equilibrio perfecto entre lo interno y lo externo; no sólo por lo que en ella hablan las figuras, sino por lo que callan y hasta la verdad que desconocen de sí mismas (como ese amor intenso y trepidante de celosa rabia, que *Acacia* tiene a su padrastro y que todos, y ella misma, principalmente, creen odio). He aquí, en este atormentado personaje, un estudio del subconsciente, que Freud hubiera gozado en desentrañar y que Benavente creó con la maravillosa intuición del genio, por que la obra genial no es propósito sino hallazgo feliz que sorprende al autor cuando lo encuentra, tanto como al público cuando lo conoce, y aunque ignoro la afortunada casualidad que le permitiera hallar a su personaje, no dudo que el autor fuese el primer sorprendido ante esa vena honda y emotiva que corre por toda la obra y que al final estalla a borbotones produciendo la tragedia. Sin embargo, más aun que *Acacia*, la moza del florido nombre y verdadera protagonista de la obra —puesto que es quien da título a la tragedia—la lucha pasional se centra en *Raimunda*, que ha de sufrir entre su marido y su hija. *Esteban* es el macho, el hombre de quien está enamorada, su pareja en fin, y *Acacia*, la hija, su misma sangre, el ser débil a quien tiene que proteger. *Raimunda* realmente no sabe si la defiende por esto mismo, o simplemente, por rabia contra el marido que ha llegado a enamorarse de "otra". En su lucha hay altibajos, reproches a los dos seres que ella quisiera ver discurrir por caminos normales, y al final, cuando cae, quizás se consuele tanto la mujer como la madre, al ver separados a aquellos para siempre.

Los intereses creados es la respuesta de Benavente al pleito que le pusieron los editores. Parece ser que el maestro tenía hipotecadas sus obras y cedió sus derechos durante cierto tiempo a los editores a cambio de cancelar esta hipoteca, pero después de firmar el contrato, pusieron pleito al escritor, que como es lógico lo ganó, naciendo como colofón de él esta obra maestra del teatro mundial.

Las figuras de *Crispín* y *Leandro* son floración original de nuestra literatura, pero sería equivocado al hablar de ellas compararlas con las de D. Quijote y Sancho. Realmente, no hay más punto de contacto entre ellas, que el positivismo de Sancho y *Crispín*, y la espiritualidad de D. Quijote y *Leandro*, pues en lo demás son bien distintos estos espléndidos personajes de Benavente, de los admirables héroes de Cervantes. Tampoco el "Lazarillo" es el antecesor de este nuevo pícaro que maneja a su antojo hombres y mujeres.

«He aquí el tinglado de la antigua farsa...» dice el gran escritor en el prólogo de la obra, y efectivamente, en el tinglado viven *Arlequín*, doña *Sirena*, *Colombina*, *Polichinela*... con una admirable realidad que el autor poetiza con su exquisita prosa. Ahora el lenguaje no es el cortesano de *La escuela de las princesas* ni el severo y rudo de las comedias de ambiente rural, ni el áspero de los bajos fondos de *La noche del sábado*. Aquí el autor tiene el campo más propicio para su lenguaje y derrama ironías, sutilezas e ingeniosidades en consonancia con el estilo de la comedia del arte. *Crispín*, que pasa a formar parte de los personajes de ficción con vida histórica, ha sido interpretado en las tablas algunas veces por su autor, con mucho éxito.

Por último, *Señora ama*, la obra predilecta de Benavente, es la comedia española cien por cien. La *Dominica*, arriscada y airosa, con sus virtudes de mujer castellana y esos arranques vibrantes del tercer acto, de maternal celo y bondad, es la más simpática figura de todo su teatro. Esto justifica las preferencias de su creador y del público, atraído siempre por el femenino encanto de la protagonista. Si sus reacciones, al principio, nos parecen extrañas, quedan justificadas cuando dice arrogante en su orgullo satisfecho: “*Todas por él, y él por mí*” y aunque broten algunas lágrimas de inquietud, éstas se enjugan alegremente, cuando ve que las demás van siendo relegadas sucesivamente y ella permanece siempre en su puesto de “señora ama”.

Este personaje, que fué inspirado por una mujer del pueblo de Toledo, donde Benavente acostumbra a pasar sus vacaciones, nació a la vida literaria después de largos coloquios con la protagonista real. Después de algunos días de estas charlas, al atardecer, en la puerta de la casa de la *Dominica* toledana, el escritor se encerró en su despacho, para hacer popular en el mundo esta simpática figura.

Los intereses creados y *Señora ama* son éxitos consecutivos de su autor y se estrenan cuando Benavente cuenta 42 años. *La malquerida* se estrenó cinco años después. Así es que, entre los 40 y los 50, es cuando el glorioso dramaturgo alcanza la madurez de su genio. Por fortuna, no se ha agotado su capacidad de trabajo ni su estímulo, y ahora con el mismo interés que siempre, el estreno de *Nieve en Mayo* marca la continuidad y permanencia de su gloria.

CECILIO DE VALCÁRCEL.

